

# **Abuelos y nietos contra los extraterrestres**

Javi Navas

**Consíguelo en**

<http://javinavasllorente.wix.com/javi-navas>

# ~1~

**A**nochecía ya. Eugenio y Mari, junto con sus hijos, nietos, y la bisabuela Crispula, se encontraban en un monte de Vizcaya al que solían ir los fines de semana para pasar el día. Al lugar lo conocían simplemente como "Las Mimosas", debido a que la Mimosa era el árbol predominante en ese monte. Mari y Crispula se encontraban tan a gusto en este lugar que hasta vestían con bata y zapatillas "de andar por casa".

Por una increíble casualidad, ninguno de los conyugues de sus hijos se encontraban allí ese día, debido a compromisos de trabajo, y tal como estaba el mercado laboral no era como para dejar de ir a trabajar por pasar un día en el campo. La excepción era la pareja de su hijo Javi, que era... él mismo. Como los planes ya habían sido hechos decidieron seguir adelante con la reunión; ya la repetirían de nuevo cuando pudiesen acudir todos.

Ese día era especial ya que se habían reunido para celebrar que el menor de sus nietos, Oier, de siete meses de edad, había sido operado con éxito de sus dos riñones, y se encontraba fuerte y sano.

Eugenio había sido albañil de profesión, pero ahora estaba jubilado, y dado que era un gran aficionado a los misterios del espacio y del universo, se había alejado del grupo de sus hijos, llevándose a todos los nietos con él para darles una clase de astronomía.

–Y ahí podéis ver la Osa Mayor ¿No veis el carro?

–¿Qué carro? –preguntó Marina, de trece años.

–¿Qué es un carro? –pregunto Eider, de once.

–Mi carro me lo robaron, anoche cuando dormía –cantó Iria, de dieciseis.

–¡Arreee, arreee! –gritaba Markel, que con siete años era el más joven de los nietos hasta que llegó Oier, montado a caballo sobre la bisabuela Crispula que saltaba a cuatro patas, como una cabra, alrededor de todo el grupo, mientras Mari, su hija, corría detrás intentando alcanzarles para hacer que dejasen de hacer el tonto.

Los hermanos estaban sentados a la mesa charlando tranquilamente, aunque Esther interrumpía constantemente para que Jorge o Javi le hiciesen fotos, y subirlas inmediatamente al Facebook. Ainhoa vigilaba a su padre desde allí, ya que Eugenio tenía a su hijo Oier en brazos, y la abuela Crispula no hacía más que correr y saltar alrededor de todos perseguida por Mari. El más feliz era Markel, quien había encontrado la mejor montura encima de su bisabuela que, con noventa años, tenía más vitalidad que todos ellos juntos.

–¿Los ovnis existen, aitite? –preguntó Marina, quien, como los demás nietos, llamaban "aitite" al abuelo,

"amama" a la abuela, "ama" a su madre" y "aita" a su padre, en el idioma vasco, propio de esas latitudes.

–Hombre, claro. No hay ninguna duda –respondió Eugenio.

–¿Qué es un ovni? –preguntó Eider.

–¡La abuela Crispula es un ovniiii! –gritaba Markel; a Crispula en cambio, la llamaban "abuela" que era como oían llamarla a sus padres y tíos.

–Eugenio, deja de decir bobadas a los críos –amonestó Mari.

–Un ovni es como un avión que viaja por el espacio, y dentro hay personas de otros mundos –aclaró Eugenio a Eider.

–Ah, marcianos, como en las pelis –respondió.

–Bueno, marcianos serían si viniesen de Marte, si son de Venus serían venusianos... –explicó el "profesor" Eugenio.

–Aititeeee –se quejó Iria.

–Si es que me ha preguntado ella.

–¿Y eso es un ovni, aitite? –preguntó Marina.

–Noooo, es la luna, lo que pasa es que se ve tan gorda porque está más cerca que otros días.

–Uy, me parece que eso no es muy exacto, aitite –comentó Iria, la mayor de las nietas.

–Nooo, digo eso otrooo –se quejó Marina.

–Pues no veo ninguna otra cosa que parezca un ovni, Marina –dijo Eugenio, que se limpió las gafas y se las colocó de nuevo, a ver si ahora podía ver algo.

Tanto Mari como Crispula se habían unido al escrutinio del cielo, en busca del ovni de Marina.

–Nooooo, allí, ¡encima de ama y los tíos! –les explicó Marina, mirándoles como si fuesen tontos.

Se giraron todos a la vez y lo que vieron les dejó mudos por la sorpresa. Un enorme aparato circular, el típico ovni, giraba lentamente sobre la mesa de los hermanos: Esther, Jorge, Ainhoa y Javi, que estaban alucinados mirando hacia arriba, cuando la tripa de la nave se abrió y una potente luz les iluminó. Poco a poco los cuatro hermanos fueron elevados e introducidos dentro del aparato. Entonces la luz se apagó, y el ovni empezó a alejarse volando lentamente cerca del suelo.

Eugenio se lamentó inútilmente.

–¡Pero qué fastidio! Toda la vida esperando poder ver un ovni, y cuando por fin lo veo me secuestra a los hijos, el desgraciado.

–Todos al coche –gritó.

El coche de Eugenio era un Seat 127. Un modelo antiguo, de tres puertas, color café, al que tenía bastante cariño, motivo por el cual le había puesto nombre, y todos le llamaban “Rivelino”, y aunque era bastante pequeño consiguió meter dentro a todos. Mari, con el bebé en brazos, se colocó en el asiento del copiloto mientras azuzaba a su marido.

–Deprisa Eugenio, que se van. Dale, vamos.

–Ay, hijos míos, que desgracia –se lamentaba Crispula encajonada en el asiento de atrás junto con sus cuatro biznietos.

–¡Corre aitite, correeee! –chillaba Iria.

Eugenio condujo a toda velocidad el pequeño vehículo en la dirección por la que había desaparecido el ovni. Fueron momentos muy tensos, ya que la nave no necesitaba seguir las carreteras y el cochecillo sí. Por suerte, aquel cacharro emitía una luz que hacía más fácil la persecución. Tras media hora de correr y saltar por carreteras sin asfaltar, por fin vieron como se detenía y se posaba en el suelo sobre tres patas. Eugenio no se lo pensó y se lanzó a toda velocidad contra el aparato del espacio exterior.

–Eugenioooo, que te vas a meter debajoo –gritó Mari.

–Sí, sí, que cabemos, y así aparcamos a la sombra –dijo Eugenio.

–Pero que sombra, si es de noche –apuntó Iria sabiamente.

Su aviso llegó tarde. Eugenio se metió bajo el ovni, y con un fuerte golpe el "127" se detuvo.

–¿No ves? Si es que siempre haces lo mismo. Cómo hayas abollado el coche... –le reprendió Mari.

Pero sin dar tiempo a decir nada más, el ovni empezó a elevarse de nuevo, y esta vez ¡se llevó al 127 consigo!, con los abuelos y nietos dentro.

–¡Ugenio! –grito Crispula–. Deja de hacer el tonto y baja el coche ahora mismo.

–Haz caso a mi madre –le dijo Mari.

–Que yo no he hecho nada –se defendió–, creo que nos hemos enganchado al ovni con las bacas del coche.

Mientras duraba esta discusión el ovni estaba ya saliendo de la atmósfera terrestre. Y cuando se dieron cuenta, se quedaron espantados; y Eugenio maravillado, mirando por la ventanilla como el planeta se iba haciendo más pequeño y más redondo...

–Aitite, que nos vamos al espacio –informó Markel, por si alguien no lo hubiese notado.

–El niño se acaba de cagar –dijo Mari, oliendo el trasero de Oier, aunque nadie pareció escucharla.

Pronto, Eugenio reaccionó.

–Iria, quita la bandeja de atrás y dame el cesto de las herramientas que hay en el maletero, corre, date prisa.

Iria tuvo que ser ayudada por Eider y por la abuela Crispula, ya que el cesto contenía bastantes cosas. Eugenio rápidamente escogió una pistola cargada con un cartucho de silicona y se puso a sellar todas las rendijas del coche.

–¿Y ahora qué haces, Eugenio? No crearás que voy a limpiar yo todo eso –le recriminó Mari.

–Calla, anda, que me estáis sacando de quicio. ¿No ves que tengo que cerrar bien el coche para que no se nos escape el oxígeno, y que no entre el aire del espacio, que seguro que es venenoso?

–Ay, Dios mío, Santísima Virgen Purísima –se santiguó Crispula.

–Aititeee, que en el espacio no hay aireeee –decía Marina.

–¿Y qué sabrás tú?, si ni siquiera veías el carro –le respondió Eugenio mirando a ver si encontraba más rendijas.

Para ese entonces ya estaban en el espacio, fuera de la atmósfera terrestre, y flotaban ingravidos, excepto los pasajeros de la parte de atrás que estaban encajados unos con otros y contra las paredes del coche.

Mari, aprovechando la ingravidez, dejó flotando a Oier mientras le cambiaba los pañales, sin darse cuenta, hasta que fue demasiado tarde, de que las cacas también flotarían. Intentó cogerlas como pudo, pero no consiguió rescatar todos los trozos. Astutamente, Mari se calló y no dijo nada del "accidente".

–Ugenio, debe haber entrado aire del espacio, porque huele muy mal –decía Crispula.

–Mirad a ver si hay alguna rendija por ahí que no haya tapado –pidió Eugenio.

–Que no hay aire en el espacioooo –repitió Marina.

–Eso va a ser que Oier se ha hecho caca –dijo Eider.

–¡Es el aire del espacio! –aseguró Mari, quien para disimular conectó el equipo de música: *Españoleaaaaaa, españolaaaaa. Es lo que hacen los turistas, cuando vienen para acáaaa* –cantó Luis Lucena.

–¡Amamaaa, quita esoooo! –gritaron todos los nietos.